

## Cuarto Premio Redacción Estudiantes

### Malas decisiones

En la vida, una persona se arrepiente de muchas cosas que ha hecho, de cosas que han pasado, pero yo, yo me arrepiento de la peor decisión que tomé aquel 31 de enero de 2015, aquella decisión que destruyó mi vida.

Estudiaba Filología Catalana en la facultad de filología, traducción y comunicación de la Universidad de Valencia, cuidaba a mi hermano al quedarnos huérfanos hace 12 años y trabajaba el fin de semana para poder mantener la casa que a duras penas habían conseguido mantener mis padres.

Tras centenares de horas leyendo libros en "occità", poesía trovadoresca del siglo de oro catalán y siempre estudiando. Las horas cada vez me apretaban más la garganta y cada vez me costaba más respirar. Cada mes, subían los precios de todo y nos era más complicado llegar a fin de mes, ya harto

de no poder comprarle ni los libros del colegio a mi hermano, mi amigo me dijo que su hermano estaba buscando a alguien para trabajar en la obra que estaba llevando a cabo, y con la necesidad económica que tenía, nada me quitaba de la cabeza el poder darle una mejor vida a mi hermano. Empecé a trabajar con él, por la mañana estaba en la universidad estudiando miles de autores catalanes que eran lo único que me despejaban la mente, por la tarde, subía a maquinas que desconocía y no había visto en mi vida que me llevaban a 30 metros de altura a hacer trabajos que no había hecho nunca; y por las noches, estudiaba fonética catalana y hacía los cientos de trabajos que se me acumulaban.

Tras varias semanas con esa rutina, mi profesor de lengua catalana, con el que tenía mucha confianza, tras ver mis grandes ojeras, y como llegaba tarde a las clases, decidió venir a hablar conmigo



para ver que ocurría. Tras contarle mi situación, el Sr. Saragossà, me aconsejó que dejara ese trabajo que tan solo problemas me traía, que seguro habría otra solución para mi problema, pero yo, cegado en mi problema, no fui capaz de escuchar sus sabios consejos y abrir los ojos.

Unos días más tarde ya no era capaz de mantenerme despierto en las clases de teoría de la literatura, y poco a poco me iba apagando sin descuidar ninguna de mis tareas.

Pasaban las semanas y seguía trabajando 8 horas todas las tardes sin saber que estaba haciendo, seguía desconociendo mi trabajo y nadie me explicaba nada, me subía a alturas descomunales sin saber que hacer una vez ahí arriba, colgándome por paredes que me destrozaban y utilizando herramientas que no sabía como funcionaban. Pero el futuro de mi hermano era lo primero, era mi hermano, era lo único que me quedaba en la vida.

Llegó mayo, y con él miles de entregas de trabajos con decenas de horas invertidas en cada uno de ellos, y exámenes que me destrozaban los ojos por días enteros sin poder tocar la cama; un hermano que cuidar y un trabajo, que por lo visto no perdona un error.

El 16 de mayo, tras casi terminar los exámenes del cuatrimestre y a falta de entregar los últimos 4 trabajos, mi cuerpo ya no era el mismo; no comía, no dormía y no descansaba. Solo quería que pasaran los días lo antes posible, lo único que me salvaba a estas alturas, era ver que gracias a este esfuerzo, a mi hermano no le faltaba de nada.

Cuando salí de la facultad aquella mañana brillaba el sol, pero era un sol muy extraño, no era el sol abrasante que abrazaba Valencia, era un sol calientemente frío que daba lugar a escalofríos sudorosos. Continué mi camino, y rápidamente llegué al cole-

gio de mi hermano para llevarlo a casa, darle la comida e irme a trabajar, como cada día desde hacía casi una eternidad en horas ocupadas en trabajo y desvelos.

Esa tarde volví a subir a ese monstruo que me elevaba decenas de metros y me dejaba solo ante un mundo desconocido. Temblaba de miedo con esa altitud, y me corría un sudor frío por la espalda que no me dejaba pensar en qué podía hacer. No llevaba casco, ni arnés ni ningún tipo de protección, nunca me lo enseñaron, nunca me enseñaron nada, solo sabía que tenía que hacer algo ahí arriba y no sabía cómo.

Empezó a llover, ese sol tan extravagante y extraño que me había llamado la atención esta mañana. Ese monstruo elevador resbalaba como si lo hubiesen llenado de aceite, me veía reflejado en un charco que cubría casi toda la superficie de la máquina y de repente, desperté aquí, en el hospital, sin poder mover ni el mínimo músculo de mi cuerpo, el abrir los ojos era mi mayor reto cada día.

Ahora no puedo creer como pude ser capaz de aceptar un trabajo que me estaba matando día a día y no me daba cuenta. Ahora me encuentro postrado en una silla de ruedas tras resbalar de aquella máquina a 23 metros de altura y 3 meses de coma, y no soy capaz ni de asearme yo solo. Nunca me perdonaré el trabajar en un sitio sin formación previa, sin medidas de seguridad. Nunca me perdonaré el destrozarme la vida de esta forma.

### **Marta Cordellat Rando**

19 años

IES 9 D'OCTUBRE

Carlet (Valencia)